

# CUANDO SILENCIOSA, LA NOCHE MISTERIOSA

M. VAZQUEZ MONTALBAN

**S**ILENCIOSAMENTE, la eterna noche misteriosa ha caído sobre Antonio Machín. Esta mezcla de palabras la tomo de la canción que significó el comienzo de la carrera española del cantante cubano:

**Cuando silenciosa  
la noche misteriosa  
cubre con su manto la ciudad,**

**el eco de tu voz  
me llama junto a ti,  
y yo no hago más que recordar.**

Es una canción de 1939. Recién terminada la guerra civil, las sensibilidades estaban a flor de piel y la gente tenía un talante triste. Bueno, la gente. La tristeza o la alegría iban por barrios, pero con la excepción de los que en 1939 hubieran votado por Alianza Popular o por la Alianza del 18 de Julio, es decir, con la excepción de una minoría, la gente, en 1939, estaba triste. Mas el ser humano es un animal propenso a la supervivencia y se suicida mucho menos que los arriños. Como esas plantas que en difícil condiciones ambientales hunden sus raíces buscando agua donde sea o se retuercen bajo el viento y el sol tratando de minimizarse con tal de resistir, los españoles de los años cuarenta aprovecharon retales, migajas, rebortes de alegría y recuperaron los pequeños sentimientos de cada día, más acá de los trágicos sentimientos de muerte y absurdo generados por la guerra civil. Sentimientos para susurrar junto a una oreja:

**Dime por qué cierras  
los ojos cuando me besas...**

Sentimientos para recuperar el cordón umbilical fundamental:

**Madrecita del alma querida,  
en mi pecho yo tengo una  
flor...**

Y sólo en ocasiones una cierta dosis de tragedia basada en las reflexiones fundamentales:

**Se vive solamente una vez,  
hay que aprender a querer y  
a vivir...**

Y la conciencia eterna e inútil de que hay que cortar ahora "... las rosas de la vida":

**No quiero arrepentirme después  
de lo que pudo haber sido y  
(no fue...**

Es decir, sentimientos para ir tirando, para ir pagando el seguro de entierro con el plus de vida cara en las devastadas regiones de la España donde nuevamente no se ponía el sol, sin duda paralizado de horror ante el descubrimiento cotidiano de los fusilados y su salpicaduras de sangre y llanto contra las tapias o contra las cunetas. Los que no se habían muerto ni estaban en la cárcel gracias al Racionamiento podían reunir las suficientes energías para bailar el "fox", incluso el "fox trot", que como su nombre indica, era un baile movidito, mesías de "bugui-bugui". Eran bailes para recuperar la conciencia del propio cuerpo y poner zumos de vida en los sobacos. Pero los bailes más ansiados eran los que permitían unir más allá de las telas de viscosilla, sexos enfundados en calzoncillos apantalonados y bragas inmensas, como un transatlántico. Esta guerra subterránea, establecida por debajo del ecuador de las cinturas de la parejas, tenía mucho que ver con la oratoria que los labios volcaban como un jarabe espeso y sobre todo caliente. La lírica funcionaba a través de una invisible correa de transmisión establecida entre los vocalistas de moda y los seres humanos calientes y supervivientes. Los vocalistas eran dioses. Sus voces las daban un valor añadido que en ocasiones terminaba por sustituir insuficientes presencias físicas. Eran años radiofónicos. Aptos para la hegemonía de la voz.

**Señora Fortuny:**

Escribía una jovencita de los años cuarenta a un consultorio radiofónico.

**Estoy enamorada de una voz. Siempre que entro en la iglesia para la Misa cantada de ocho de la mañana, destaca una voz del coro que me estremece. ¿Puedo intentar conocer al hombre que así canta?**

**Hija. Prudencia y sensatez. ¿Ha pensado que podría tratarse de un sacerdote?**

¡La madre que les parió!, gritaba el doctor Goebbels. ¿Cómo han dejado pasar esta respuesta? ¿Ustedes no saben que tan peligrosa como la transmisión de una idea antagónica es la transmisión de una idea relativizadora? ¿Cómo pueden tratar de construir un Estado nacional católico si ayudan a "imaginar" el amor entre un cura cantor y

una adolescente? Perdone, señor Goebbels, no se repetirá. ¿Han fusilado a doña Mont-

serrat Fortuny? Habría motivos. Hum, por esta vez, pase ¿no hay síntomas de rebelión?





Con un hilillo de voz conseguía ser un todo-terreno de la canción melódica y crear corrientes eléctricas de cintura para abajo o entre corazón y cerebro.

No. No. La gente vive pendiente de la música y se hacen tele-regalos dedicándose discos de sobremesa. "Hít parade": El sitio de Zaragoza. Enhorabuena, han conseguido exaltar el sentimiento épico del receptor. **Goyescas.** Música nacional no está mal. Machín, Machín, Machín, Machín. ¿Un negro? Sí, un negro, pero tiene el alma blanca, doctor Goebbels.

Mediada la década de los cuarenta, Machín era un rey. Competía con vocalistas de voz percherona, incluso con vocalistas que habían probado fortuna en la zarzuela como tenores líricos y habían fracasado galileando en **Los Gavilanes**.

**Soy joven y enamorado, nadie hay más rico que yo, no se compra con dinero la juventuuuuuuuuuuuu... y el amor.**

Fracaso estrepitoso. Y entonces, a cantar con más cojones que gusto:

**Sombra de Rebeca, sombra de misterio...**

o bien:

**Mirando al mar soñé que estaba junto a ti...**

Machín no necesitaba esa "voz", real o fingida. Con un hilillo de voz gargantil conseguía ser un todo-terreno de la canción melódica y crear corrientes eléctricas de cintura para abajo o entre corazón y cerebro:

**Solamente una vez amé en la vida,**

**solamente una vez y nunca más...**

Y podía mover los cuerpos al compás de sus maracas y de un cierto tembleque de voz delgada y rota, como emergente del profundo pozo de las 78 revoluciones. Su voz y las canciones que le componían o le traducían de películas americanas daban la medida justa de las necesidades populares de una lírica ligera, complementaria de la lírica pesada, siderúrgica diría yo, de doña Concha Piquer. Y Machín duró lo que tardó en envejecer la juventud superviviente de los años cuarenta y ver su lugar ocupado por una nueva remesa de jóvenes destrozados de símbolos, mitos y piedades, entregados a la rutinaria tarea de dejar sitio para nuevos símbolos, nuevos mitos, nuevas piedades y compasiones. Machín fue apartado por los cantantes anglosajones y por los italianos. Nosotros fuimos los culpables. Los que adolescentes en los años cincuenta, sentimos ridículo ajeno ante versos tan inocentes como estos:

**Dos gardenias para ti, con ellas quiero decir te quiero, mi vida, te adoro...**

O sentimos incluso indignación ante una canción tan en el fondo poco crítica, tan **integradora** como:

**Pintor que pintas iglesias con el pincel extranjero, pintor que sigues el rumbo de tantos pintores viejos, aunque la Virgen sea blanca,**

**píntame angelitos negros, que también se van al cielo todos los negritos buenos...**

Pero con el tiempo compensáramos con creces la defenestración de Machín. Cuando empezamos a cumplir treinta años, es decir, a partir de los veinticinco, quisimos remontar el río y llegar a las fuentes. Es un ejercicio que realiza todo ser humano, pero al que sólo le ponen letra o música o formas los escritores, los músicos o los artistas, los sacerdotes del lenguaje. Nosotros, los jóvenes escritores y artistas que empezamos a expresarnos en los años sesenta, al remontar el curso del río de donde veníamos llegamos a ruinas de piedra y gesto, de paisajes y palabras. Unas ruinas presididas por un gigantesco púlpito, al que se asomaba clámante un señor chiquito, pero matón:

**Españoles, tras una pertinaz sequía y el bloqueo internacional...**

Bajo el púlpito, pequeños o empequeñecidos, nuestros padres, y sobre todo nuestros tíos solteros, procuraban escuchar otra música, y si te asomabas al balcón o a la ventana del patio interior, veías y oías la magia de una cierta alegría, de una gran expresividad popular recuperada gracias a las canciones que no necesitaban salvoconducto, certificado de buena conducta, ni aval del párroco, ni del alcalde del barrio para convertirse en alimento sentimental de las mesas, en un au-

téntico bálsamo, en una fresca arcilla donde dejar huellas de conducta mental. Fue entonces cuando redescubrimos a Machín entre otros cantantes rotos y le sacamos a la luz y nos llamaron "campistas", cuando lo único que hacíamos era resituarnos, reorientarnos sobre la base de recuperar nuestro pasado y el de los seres que tanto nos habían condicionado. Y en este esfuerzo coincidimos Patiño, Umbral, Moix, Marsé, yo, poniendo letra, imagen, música al colectivo retorno a las fuentes de nuestros compañeros de promoción sentimental. Y descubrimos no sólo que aquellas canciones habían ayudado a sobrevivir a nuestros mayores, sino que en parte nos habían alimentado artísticamente, pobre brebaje espiritual racionado. ¿Qué distancia media entre el sentido de toda una obra de despedida de Pavese, "El Mestiere de vivere" ("El oficio de vivir"), dos versos de una canción de Machín?

**Se vive solamente una vez, hay que aprender a querer y a vivir...**

No. No fue el nuestro un empeño "camp", sino un intento de llegar a las fuentes del franquismo como cotidianeidad. Pero los cantantes rotos que sacamos del desván fueron recogidos otra vez por su clientela, y la industria de la canción hizo el resto. Los viejos recuperaron señas de identidad y los más jóvenes recibieron a Machín o a la Piquer como objetos obsoletos inofensivos y encantadores.

Han sido siete últimos años triunfales. Muchos cantantes de los años del pan negro intentaron subirse al vagón de tercera del "revival", pero sólo aguantaron los que verdaderamente tenían una calidad exigida por las reglas de aquel juego. Han sido siete años triunfales. Machín se subió al vagón de tercera y al llegar a la estación ya estaba sentado en primera, con un abrigo canela con solapas de visón y un sombrero de fieltro marrón ensombreciendo aún más su frente alta, negra y vieja. **Han sido siete años triunfales**, declaró Machín no hace mucho a un periodista.

¿Por qué, señor Machín? ¿A qué lo atribuye usted? Pues a que todos los públicos, no importa la edad, ni el lugar, saben distinguir lo bueno de lo malo.

Es decir, Machín ha muerto ignorante de que había penetrado en el templo de la sociología y de que por una vez se había hecho una excepción y había conseguido vivir dos veces, intentar dos veces aprender a querer y a vivir. ■ M. V. M.